AÑO V.—TOMO IX. MEXICO, 30 de Octubre de 1887. NUM. 18.

LIT. H. IRIARTE, MEXICO

EL CEMENTERIO DE URRUGNE.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

Ho há muchos dias, después de una lluvia torrencial que duró más de dos horas, nos decidimos á salir para distraer la nostalgia que nos dominaba de un modo abrumador.

El campo, refrescado por la lluvia, aparecía matizado con todos los armónicos tonos que le son peculiares; las ramas de los árboles y los setos del camino, hallábanse cubiertos aún de menudas gotas que, sacudidas á impulso del viento, caían como una lluvia de diamantes. Siguiendo la carretera de España, llegamos al paso á nivel del ferrocarril, donde se halla la estación de Urrugne, y media hora más tarde, después de haber recorrido al galope de los briosos caballos la hermosa carretera sombreada por añosos árboles y rodeada de un paisaje pintoresco en extremo, penetramos en el pequeño pueblo de Urrugne y nuestro coche se detuvo en la plaza principal, delante de la vieja Iglesia. Recorrimos las estrechas callejuelas, con sus bajas casitas cubiertas de yedra y madreselva agrupadas alrededor de la gótica Iglesia que domina con su ruinoso campanario aquel apacible rincón del mundo, y deseando visitar por dentro el antiguo templo que tanto llamaba nuestra atención, subimos las desiguales escaleras del atrio y entramos. La Iglesia, de puro estilo gótico, estaba desierta; á la luz opaca y triste que entraba por los ventanales de las ojivas, se unía la rojiza y vacilante llama de algunos cirios, que teñían de extraños matices las imágenes de piedra, de los santos, y proyectaban mil sombras fantásticas en los oscuros muros del templo. Murmuramos una oración ante una imagen de la Virgen de Lourdes, que se elevaba en un altar, medio escondida entre un montón de flores, y salimos luego por una puerta que dejaba penetrar apenas la claridad del dia, encontrándonos en un campo lleno de árboles y flores. Era el Cementerio. Nada recuerdo que me haya causado una impresión más profunda. Nada hacía allí pensar en la morada de la muerte; no estaban aquellas tumbas como las de las ciudades, llenas de epitafios retumbantes, coronas costosas, preciosas flores, estatuas y mausoleos de mármol; sólo se veían allí cruces de piedra escondidas entre flores del campo. Me interné por entre las tumbas, y dejé á mi imaginación volar á su antojo, mientras trazaba en mi álbum algunas líneas que recordaran siempre aquel paisaje que tanto me había impresionado.

Quisiera poder aquí copiar con sus colores admirables la oscura y elegante silueta de la Iglesia, las cruces y cipreses del cementerio, destacándose sobre el fondo brillante de los campos de maíz la tinta gris, vaga y triste del cielo. Mil encontradas ideas se agolpaban á mi imaginación y una impresión de dulce tristeza llenaba mi alma, mientras recorría los senderos trazados entre las tumbas, buscando algo que no podía definir. En todas partes se veían letras medio borradas, inscripciones sencillas y melancólicas. Ya iba á alejarme de allí, para procurar dar á mis ideas un giro más risueño, cuando llamó mi atención una barandilla de madera tosca y carcomida, cubierta enteramente de madreselva y rosales silvestres, que rodeaba un pequeño espacio de tierra, en el que se alzaba una cruz de piedra y en cuyo centro se leía una sola palabra: «María.» El pequeño cercado, la cruz aprisionada entre los tallos de las campanillas azules, que se enroscaban á su alrededor, y el nombre dulce y poético de la Virgen, escrito en español, llamaron extraordinariamente mi atención. Un deseo irresistible de saber la historia de aquella tumba se apoderó de mí, y me acerqué á un anciano que, sentado á la puerta del Cementerio, miraba jugar en la plaza á los chiquillos de la aldea, para interrogarle sobre lo que deseaba saber. Al oir mi súplica el viejo se levantó, y fué conmigo al sitio en que se elevaba la blanca cruz de piedra, y quitándose con respetuoso ademán la boina que llevaba puesta, dijo con conmovido acento: «esta es la tumba de un ángel,» contándome luego la historia que voy á referir. Mi pluma inexperta no podrá darle el encanto que tuvo, referida con el sencillo y pintoresco lenguaje del campesino, mezcla de francés, vasco y español; voy, sin embargo, á intentarlo, procurando copiar en lo posible la sencilla y expresiva forma con que el buen anciano revestía su narración: "Aquí, me dijo, yace sepultada una "niña española; tenía 17 años y era un ángel de caridad. Sus padres, ricos "propietarios de Madrid, venían todos los años á buscar en las playas de Francia "la salud de su hija adorada, que por desgracia era bastante escasa, y siempre "antes de marchar á España, venía á despedirse de Urrugne y á dejar un ra-"mo de flores ante la Virgen de Lourdes. Un año vimos apearse de un co-"che á una joven, casi niña, delgada, pálida y esbelta que llevaba impresa en "su cara la huella triste de la enfermedad; era María, la dulce niña que ve-"nía, según su costumbre, á despedirse de la Iglesia de Urrugne. Depositó, co-"mo siempre, un ramo de rosas blancas ante la imagen de la Virgen, y salió "luego al cementerio. Yo estaba como hoy, sentado á la puerta, y seguí con "la vista aquella, que, más que mujer, parecía un ángel. Su traje blanco se des-"tacaba sobre el fondo oscuro del campo, y sus grandes ojos negros tenían "una expresión de indefinible melancolía. Recorrió con débil paso aquel cam-"po de la muerte, y mientras miraba las cruces esparcidas por el suelo, cor-"taba con su mano algunas flores que crecían á los lados del sendero, jun-"tándolas con afán, hasta formar con ellas un ramillete. Su madre, que no "podía separarse un momento de la hermosa niña, salió á su encuentro; estaba "en un ángulo del Campo Santo, trazando con la punta de su sombrilla unas "líneas en la arena. Al oir pasos, volvió la cabeza y con apagada voz dijo: "—Eres tú, madre del alma; mira lo que hago. Pronto, muy pronto dejaré "de vivir, siento ya que Dios me llama y escojo el sitio donde voy á dormir el "sueño eterno; quiero estar rodeada de flores y arrullada por las olas del mar. "Mira, mira, mamá, ésta será mi tumba, estas flores crecerán alrededor de "ella y formarán la valla que ha de protegerla;—y al decir ésto deshojaba las "rosas y las campanillas azules que tenía entre sus manos. La madre, con los "ojos arrasados en lágrimas, atrajo á María hacia ella y la estrechó sobre su "corazón; quiso murmurar algo, pero su voz se extinguió en un sollozo. Me-"dia hora después, el coche de María se alejaba de Urrugne entre una nube "de polvo, y todos los habitantes de la aldea saludaban con sus pañuelos á las "viajeras, temiendo que fuera aquella la última vez que la pobre niña fuese "á llevar flores á la Virgen de Lourdes.

"Un año después se elevaba en aquel sitio del Cementerio que la joven "había designado para su tumba, una cruz de piedra blanca con el nombre de "María" entre los brazos. Era el sepulcro de la niña española, y á su alrededor, "como queriendo cumplir sus últimos deseos, las rosas blancas y las campa-"nillas azules se entrelazaban formando un valladar de verdura."

El anciano había terminado su narración y se alejó lentamente; yo permanecí silenciosa, por completo abstraida, mirando la cruz. . . . . .

. . . . . El cielo se había serenado, las plomizas nubes flotaban hechas girones por el espacio, y el sol, medio oculto tras del monte, doraba con sus rojos matices el campanario de la Iglesia. La brisa de la tarde impregnada de balsámicos perfumes mecía suavemente los tallos de las flores y parecía murmurar palabras incomprensibles, sonidos raros, cuyos ecos resonaban en el alma. Acaso aquellas brisas venían de España y traían á la niña un beso de su madre, que le trasmitían en silencio las campanillas azules, meciendo sus tallos y acariciando con sus flores abiertas los brazos extendidos de la cruz.

San Juan de Luz, Julio de 1887.

MARÍA ANDREA DE LLAURADÓ.

FUNERALES DE LOS MEXICANOS EN EL SIGLO XV.

La conmemoración de los difuntos, al rasgar el velo de lo eterno, de lo ignoto apoyado en el anhelo de una felicidad imperecedera, ha traido necesariamente á todos los pueblos de la Tierra la creencia de la inmortalidad del alma.

Ese ideal sublime, que lleva á nuestro sér íntimo la esperanza más halagadora, infiltrándose en las inteligencias con la indomable fuerza del deseo insatisfecho, ha dado el valor á los mártires en el profundo misterio del dolor, ha dado el triunfo á la tímida naturaleza humana sobre la brutal materia; ha producido la fe pura y noble hasta tocar el infinito en las más grandiosas empresas de la humanidad para regenerarse, conducida por el destello de esa esperanza á su grandioso destino.

En el aturdimiento natural que produce la pérdida de un sér que nos es querido, el caos se apodera de nuestro espíritu, el despecho roe nuestro corazón, y el sentimiento abrumador, terrible, crece, anulando al individuo con un tormento insoportable.

Quizás este dolor cruelísimo ha creado la necesidad de una respiración, libre de todo riesgo humano, necesaria para satisfacer la sed de nuestro deseo,

de unión en la eternidad á las almas que se comprenden y unifican en la existencia corpórea.

El universal sistema de las compensaciones da al martirio la glorificación; á la razón en la dignidad humana, la inmortalidad.

Hé ahí, en nuestro concepto, las causas que han determinado en todos los pueblos la solemne conmemoración de los difuntos.

El siglo de las luces (como se ha llamado al nuestro) rompiendo en partes con las antiguas creencias, lanzando su esplendor sobre el misterio en el horizonte de la idea, no ha podido suprimir la esencia constitutiva del no sér, no ha podido disipar la sombra de lo desconocido allende la vida del sepulcro, no ha formulado el verbo donde la realidad aterradora comienza, con toda precisión, para terminar en la profesía convenida del porvenir, organizado en la plenitud de esa esperanza.

El coruscante siglo XIX apenas, si, en su análisis desesperado, se coloca en la penumbra; se ofusca en lo contradictorio, y á través de lo incomprensible, reconoce el mundo ambicionado de un renacimiento eterno.

Con tales antecedentes puede así comprenderse que en el siglo XV nuestros antepasados americanos hubiesen construido el palacio[1] de la muerte ó del infierno, *Mictlán*, célebre construcción tulteca atribuida á Quetzalcoatl, con un santuario tan venerado, que los devotos penitentes que lograban morir en el subterráneo necrópolis, eran considerados como los santones en la India. Residencia del pontífice tzapoteca, era también el panteón de los reyes de Teotzapotlán y de los grandes capitanes de los ejércitos tzateco y mixteco, muertos en los combates.

Ignorando estos pueblos su origen, hay fundadas razones para creerlos descendientes de las dos tribus tultecas, que, divididas, sus más atrevidos peregrinos fueron á fundar Tikal, Lorillard y Kabah, Uxmal, Akab-sib, Comalcalco, Palenque, Peten, Chichen y otros pueblos, tan notables, que sus ruinas son admiradas por los estudiosos é ilustrados viajeros que aún en su estado de abandono y destrucción les dan la portentosa importancia de las espléndidas construcciones egipcias y numantinas, por sus caracteres semejantes.

¿Y no es de suma importancia que el palacio de la muerte fuese la residencia habitual del intermediario entre los hombres y los dioses, de quien no podían ver la faz sino para caer muertos en castigo de su osadía, á quien los reyes temían tanto como á sus dioses, á quien se respetaba como superior y absoluto sobre el rito y la legislación?

En nuestra etapa aún, parece que se le concede tanto valor á la idea de la muerte y de la inmortalidad correlativas, como á la esencia misteriosa del sér en la eternidad, según nuestros adelantos, según nuestro lenguaje en la moderna civilización.

Los indígenas de Oriente en la República, aunque contaminados con nuestras costumbres y creencias europeas, revelan la importante suntuosidad de su pasado, especialmente las que pertenecen á los pueblos internados en la intrincada sierra de los Andes, con sus solemnidades fúnebres.

La cremación de cadáveres, apenas conocida entre nosotros, y de que nos dan noticia los bajorrelieves del primer adoratorio de los subterráneos de Cuilápam, la gruta central de la fortaleza del *monte albam*, la *gruta del zopilote* en Huautla (San Miguel) y aun las tradiciones de hechos recientes en Soquiápam y Huehuetlán, en Cuquila y Cántaros, en Mazatlán y en todos los pueblos que componen *Los cuijes*, son una muestra incompleta por la intervención de la autoridad en esta última parte de su veneración fanática para el culto de los difuntos, de su creencia á la participación directa de los espíritus en las acciones de los hombres; y no sólo se asegura la influencia del espíritu errante y separado del cuerpo, sino en dualidad, animando á dos séres, por lo regular á un hombre y una fiera, dándoseles nombre de *nahuatl* al primero y de *tona* al segundo. Y ejerce tal dominio en el ánimo de estos indígenas lo que entre nosotros se titula *revelación*, que el delirio del sueño los decide, en sus arbitrarias interpretaciones, para llevar á efecto sus más terribles y temerarias empresas.

Con tal educación religiosa, trasmitida por la tradición, regístranse en los archivos judiciales hechos eminentes, grandiosos, y solamente conocidos apenas por los *antiguos curieles* ó los indiferentes jueces, quienes, sin apreciar las circunstancias especiales de los inculpados, les aplican el rigor de nuestras leyes, que los indios sólo conocen en el potro del martirio, resignándose, por sus creencias, al tormento para ellos santificador, con la esperanza de un paraíso inmortal.

1 Se dice que son seis los palacios de Mitla, y no son sino departamentos correspondientes á un solo edificio.

Las resinas olorosas destinadas á la cremación, tales como el liquidámbar y *tecopalli*, el canelón y el almizcle vegetal, son guardados como un tesoro por las familias, en las que no falta, aunque lejana, la venerable sacerdotisa (vulgo bruja), quien preside la exhumación nocturna del cadáver que *oficialmente*, conforme á nuestra legislación, se ha inhumado en la tarde de ese dia: entonces la procesión silenciosa, acompañando el cadáver, se dirige á la más alta cúspide de los cercanos montículos para celebrar el acto más solemne del rito: la ablución del nacimiento (que es entre ellos tan religiosa como para el cristiano el bautismo) termina con la purificación de la materia por medio del fuego. Si es capturada la llamada *tona*, que es el segundo él, como dijimos, de su dualidad material, es sacrificada en el acto de la cremación.

Así se explican para el viajero los frecuentes hallazgos de cenizas y restos humanos; para las autoridades discretas, las desapariciones de cadáveres, las quemazones de fieras en las plazas públicas, los escandalosos tormentos dados á los ancianos con la intervención popular de sus respectivos deudos. Así se explica que la solemnidad católica de la conmemoración de los difuntos haya encontrado un eco tan singularmente suntuoso entre nuestros indígenas más ilustrados de la Mesa central, ó vecinos á nuestras grandes poblaciones.

Los cirios, las gomas olorosas, el incienso, los bizcochos y el chocolate, la fruta y los dulces, *el mole* (guiso indígena que se usa en todas sus fiestas y solemnidades profanas ó religiosas), unidos á sus imperdonables libaciones, son como necesarios, especialmente para los indígenas acaudalados, para hacer un grande gasto el dia 1º de Noviembre de cada año, con la creencia de que sus deudos finados concurrirán en la noche á sus banquetes, dispuestos en las salas de sus habitaciones, sobre mesas encubiertas de blancos manteles bordados con hilo de colores.

Para el ánimo frío del observador, inmediatamente llama la atención no sólo que, como en la mitología pagana, se deposite con los cadáveres en los sepulcros una cantidad destinada por aquella religión al pago del pasaje de la barca de Carón, y por la creencia de nuestros indígenas á los gastos de viaje; sino que, en la fe de que el deudo ha de volver á la tierra, se confían al sepulcro viandas y dinero que debe llevar á la eternidad.

Es también curiosa esa general certidumbre del indígena por el buho, como mensajero de la muerte, de acuerdo con Ovidio, y citado en el Levítico (lib. 5, Metam V, 543. Cap. 11, núm. 17), como animal simbólico, espiritual, tal como por el sacerdocio tzapoteca.

Los pueblos de Huiyatoo (quien todo lo ve), con variantes pequeñísimas, conservan las mismas costumbres; y aunque algunos pueblos sumisos aparentan cumplir con los deberes impuestos por la religión de los conquistadores, *satisfecho (?)* ese deber, se entregan á sus prácticas religiosas por convicción y costumbre.

Contrarias las manifestaciones de su culto íntimo con las de nuestras costumbres, diariamente se transparenta el sentimiento antitético, contradictorio, como antes dijimos, de la marcha del siglo, en este sentido, con las costumbres heterogéneas de nuestros indígenas modernos. . . .

¡La vida es un compuesto del pasado y del futuro, del recuerdo y de la esperanza; lo mismo allende los mares, que en nuestro Continente!

En el memorándum terriblemente sombrío, ¿no debe ser la correlación de esa ilusión espléndida?

¿Es producto de la fantasía humana esa aspiración creyente de una vida halagüeña tras la existencia mundanal, como premio forzoso al martirio de esta vida?

¿Es una necesidad para el creyente esa fe ciega en la inmortalidad del alma?

¿Es una convención universal? ¿Es una revelación consoladora?

¿Es producto de los hombres? ¿Es una gracia divina, y como tal, inexplicable?

¿Es la fusión del Sér Eterno con el finito?

¿La solemnidad de los difuntos es una celebración de las bodas del espíritu con la materia que tiende á disiparse para volver á su excelso origen?

¿Es un mito la inmortalidad?

¿Es la desesperación material con la descomposición corporal, la mera y sola trasformación física en el laboratorio de la tierra, conforme á los preceptos inmutables de su propia naturaleza. . . . ?

Estas cuestiones que la razón humana aún no ha podido resolver sino con la fe de los cultos, en el siglo de las luces, desarrollan una sombría preocupación en los espíritus absorbentes, analíticos y pensadores.

México, 1887.

MANUEL ISAAC ZAMORA.

Sentimiento, coqueteria y vanidad.

MÉXICO—Tumba de Guerrero en el Cementerio de San Fernando

EN EL PANTEÓN.

Silencio y soledad por todas partes
Reinan en el recinto de la muerte;
Sólo se oye el rumor de mis pisadas
Sobre las hojas secas

Camino entre las tumbas donde moran
De los que fueron las cenizas frías,
Y los recuerdos en tropel me acuden
Cuando sus nombres leo.

Aquí yacen las glorias del pasado;
Las ricas esperanzas también yacen....
¿Quién no descansa aquí de los que dieron
Lustre á la madre patria?

Valor, fe, probidad, genio y trabajo,
Todo cuanto fué grande y ya no existe
Guarda en la madre tierra los despojos
De su alto poderío.

Aquí los odios callan; no se escuchan
De la asquerosa envidia los rumores
Que zumban en el globo que habitamos
Donde todo es miseria.

Este es lugar de paz; aquí los héroes
Que en encontradas filas combatieron,
Deponen el rencor y se saludan
Y alternan como amigos.

Vínculo indisoluble estrecha y ata
Al que escéptico fué como al creyente,
Y en ideas iguales se confunden
Los filósofos varios.

Todo es grandeza aquí; todo convida
A la honda reflexión que nos trasporta
A otro mundo mejor, donde se alcanza
Felicidad eterna.

Quietud, misterio y paz por todas partes
Reinan en este fúnebre recinto;
Sólo turba el silencio la avecilla
Que en los cipreses canta.

México, Octubre 29 de 1887. EDUARDO DEL VALLE.

SOBRE UNA TUMBA.

¿Será la vida ó la muerte?
No lo sé.... pero, se advierte
Q'es un misterio profundo,
Que guarda el amor del mundo
Y el encanto de la suerte!...

Misterio de los misterios
Que deprimen la conciencia;
Blanco de mil improperios,
Que funde y levanta Imperios
A despecho de la ciencia!...

Rio de mansa corriente
Que corre hacia donde brota,
Y en su cristal trasparente
Se apaga el poder viviente
Que en la ignorancia se azota.

Fin de gloria ó del infierno
Que la esperanza deifica
Con la nieve del invierno;
Escarpa, ley de lo Eterno
Que todo lo identifica!...

Mil autores han tratado
Sobre la propia materia;
Han escrito y blasfemado,
Y en su afán desventurado
Tropiezan con su miseria.

Dicen que la vida es sueño;
Que la suerte es intangible;
Que Dios, no pasa de un leño;
Y el caso es, que en su empeño
Se rinden á lo imposible.

Pues, ciegos, en su tortura
Soñando en el porvenir,
Sin término á su amargura,
Caen en la sepultura
Cansados de combatir.

Y siglos vienen y van
Que desto dejan memoria;
Y por más que hagan, no harán
Que parezca el talismán
De su ventura y su gloria!

Tlaxiaco, Octubre de 1887. ANTONIO ESCANDÓN

LAS FLORES DE MI TUMBA

Pobres flores las que nacen
Al pie de una tumba, solas,
Y allí do cenizas yacen
Las blandas hojas deshacen
De sus tímidas corolas.

Tan sólo el triste que llora
En su desconsuelo, advierte
El encanto que atesora
Una flor que se evapora
En un espacio de muerte.

Lugar donde un grato eco
Jamás se mezcla á la brisa,
Y retumba el golpe seco
De la tierra cuando á un hueco
Desciende y lo llena aprisa.

Mansión donde un frío lecho
Guarda en consorcio profundo
El sér de mezquino pecho,
Junto al sabio que halló estrecho
Para sus ciencias el mundo.

Donde iguales inscripciones
Un recuerdo simbolizan,
Y las menguadas pasiones,
Y las nobles ambiciones,
Entre el polvo fraternizan.

Allí donde se comprende
Que la fugaz hermosura
Un placer mentido vende:
Recinto en donde se aprende
A amar lo que eterno dura.

Morada entre cuyo ambiente
Este fiel eco se escucha
Que el hombre escribe en su mente:
«Tú eres para mí impotente,
Que mi ley vence en la lucha.»

Donde la virtud oculta
Tiene un sencillo epitafio
Sobre aquella tierra inculta,
En tanto el oro insulta
Con altivo cenotafio.

Pero en donde la fortuna
Sólo un fantasma reviste,
Pues sin diferencia alguna
En el sepulcro y la cuna
Un mismo nivel existe.

A vuestro lado postrada
Yo os bendigo, pobres flores,
Pues sois la ofrenda preciada
Para el sér que en su jornada
No vió del bien los favores.

No busco á la flor hermosa
Que en dorado vaso erguida
Perfume una rica losa,
Para morir presurosa
Si el jardinero la olvida.

Si á vosotras, florecillas,
Las que espontáneas y bellas
Con violadas campanillas
Cubrís las tumbas sencillas
Adonde van las querellas.

A vosotras, que cumplida
Mostrais por aciaga suerte
La extraña ley conocida
De hallar el germen de vida
En un átomo de muerte.

Premiad el canto amorosas
Que el alma triste os dirige,
Y un dia, marcad, piadosas
Con guirnaldas caprichosas
La tumba que me cobije.

Si al velarlos un capuz
Mis ojos os dejan solas,
Del espíritu á la luz
Veré que bordan mi cruz
Vuestras humildes corolas.

Setiembre de 1887. EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—Bien, amigo Alfredo, esa carta es muy expresiva, en ella se ve humillado el amor propio ante la rectitud de la conciencia.

Estoy satisfecho: ha hecho usted una gran defensa de la mujer que inmotivadamente ofendió.

—Esta carta se encargará usted de echarla al correo para tener la seguridad de que va á París.

—No dudo de usted.

—Sin embargo, le ruego acepte esta comisión.

—Si tal es su deseo, le complaceré.

—¿Sabe usted dónde se hospeda el conde?

—Sí, algunas veces hemos hablado del buen tratamiento que le dan en el hotel *D'Ormesson, rue Saint Antoine,* y sé de seguro que no ha cambiado de hotel.

—Sabiendo donde dirigirla, á usted le pertenece enviarla.

—Lo haré mañana, pues el correo de hoy ha partido hace algún rato.

—Esto me recuerda que ya es bastante tarde y que debo dejar á usted. Adiós, amigo mío, reitero mis ofrecimientos.

—Cuente usted con mi adhesión.

—Alfredo marchó á su casa, y el poeta-pintor se acostó.

Al dia siguiente puso la carta para el conde en el correo, y se encaminó á la redacción.

A prima noche se fué á dar una vuelta por un casino, donde se reunían los literatos, y concluyó su velada en casa de la condesa, velada que se deslizó suavemente entre ésta y doña Clara.

Mario seguía consagrando á Victorina las noches que negaba al placer, á la alegría, al bullicio, al encantador desorden, al grato aturdimiento con que le brindaban sus amigos.

La condesa padecía una tristeza indefinible, y su existencia estaba alimentada de lágrimas y suspiros, y muy saturada de amargura.

Nadie comprendía la enormidad de sus penas, porque pugnaba constantemente por ocultar su doloroso estado. Su semblante, siempre animado, no se cubría con el velo de tristeza que envolvía á su corazón.

¡Un rostro risueño es el antifaz más tupido para ocultar un alma dolorida!

—¡Cuán bella es la muerte! decía una vez la condesa en presencia de su tia Clara y del poeta-pintor.

Esas palabras son un crimen, amiga mía, repuso éste.

—¡Ay! hijita, para soportar la vida se necesita más valor que para morir. Tú que nunca has sido cobarde para nada, debes demostrar más valor cuanto más te oprima la adversa suerte.

—¡Ay, tia amada, un infortunio tan constante cual el mío, agota todas las fuerzas.

—¿Qué males le aquejan á usted, Victorina?

—No es fácil enumerarlos, y menos hacer de ellos una descripción.

—Esas frases tan frías, esas palabras tan descarnadas, esas esperanzas tan marchitas, forman notable contraste en unos labios tan frescos y sonrosados. ¡El infortunio debiera respetar á usted siempre!

—No respeta á nadie.

—Usted sufre voluntariamente, usted hace una vida monótona, sedentaria, no procura distraerse, huye de todos los goces sociales, y rechaza las afecciones puras y desinteresadas que se le ofrecen; usted vegeta aislada, cual una planta parietaria en un alcázar ruinoso y abandonado.

—¡El dolor ha llegado á hacerse mi lúgubre placer!

—Es un placer que mina su existencia, que destruye sus fuerzas físicas y morales.

Usted concluirá por convertirse en autómata, por no ser más que un cadáver que se mueve artificialmente.

—La pena dura me exaspera, pero la tristeza blanda y tranquila que me domina, se ha convertido en un deleite para mí.

—¡Deleite espantoso y horripilante! ¡Fúnebre deleite!!!

Veinte dias después de esta escena verificábase otra muy distinta en el mismo gabinete, y entre los mismos personajes.

—¿Está usted decidida á marchar á París?—Preguntaba Mario á la condesa.

—¿Y cómo no? Una mujer debe acudir siempre al llamamiento de su marido.

—Sí, hija mía,—añadía doña Clara;—tu podrás lisonjearte de haber cumplido siempre tus deberes. ¿Qué importa que el mundo lo dude y tu marido no lo agradezca?

La mujer debe seguir á su esposo por todas partes: ésto no lo digo yo, lo dice la Sagrada Escritura.

—Algo grave, muy grave debe sucederle á mi marido cuando su carta es tan apremiante.

—¿Se puede saber lo que dice á usted?

—No hay inconveniente ninguno, Mario.

—Sentiría encontrase usted la pregunta indiscreta.

—No me parece así.

—Es usted muy bondadosa.

—Dice mi marido que su vida corre gran riesgo, mucho peligro, que si no acudo pronto á obedecer su autorizado mandato, padeceré un remordimiento eterno.

Añade que necesita hacerme una importante revelación, conferenciar conmigo acerca de cosas muy delicadas, y tomar mi opinión en varios asuntos.

Me llama con toda urgencia, él no viene porque, dice, le retiene un compromiso ineludible.

—¿No adivina usted el motivo que puede impulsarle á obrar de esa manera?

—Nada adivino.

—Ni es fácil,—objetó doña Clara.—En los matrimonios hay sucesos muy extraños, complicaciones rarísimas, asuntos extraordinarios, y cosas muy especiales que no puede comprender el que no tiene algún antecedente sobre ellas.

—¿Cuándo se pone usted en camino, Victorina?

—Mañana sin falta, si la Divina Providencia no se opone.

—¿Con quién va usted?

—Sola.

—No debe usted ir sola: si usted quiere yo la acompañaré hasta las provincias Vascongadas.

—Mil gracias.

—¿Pero no acepta usted mi ofrecimiento?

—No, amigo Mario.

—¿Y por qué?

—¿Acaso usted no lo sabe?

—Le aseguro á usted, Victorina, que mi ofrecimiento es espontáneo, y que me ofrezco á acompañarla como si fuera su hermano.

—Aprecio su pureza de intención, mas tengo presente que el mundo no juzga las cosas por lo que son, sino por lo que parecen ser.

El mundo es un juez inexorable, severo, y la mujer tiene que respetar sus juicios, y hasta depender de ellos.

—Dispense usted, amiga mia; alentado en mis santos impulsos, no había pensado en la opinión pública. Es doloroso tener que analizar las impresiones más puras, los más elevados sentimientos, porque una sociedad frívola se empeñe en anatematizar lo que no conoce.

—El mundo está así, y no podemos meternos á regeneradores; hay que tolerarle cual lo hemos encontrado.

—¿Cómo no marcha con usted doña Clara?

—Mi marido me dice que se trata de un asunto muy reservado; me llama á mi sola, y no quiero obligar á tia Clara á ponerse en camino.

—¿Me escribirá usted, Victorina?

—¿Para qué?

—La pregunta me sorprende; ¿ha olvidado usted que me interesa cuanto le acaezca, y que anhelaré noticias suyas?

—Escribiré á tia Clara, y podrá usted recibir las noticias que tia le dé.

—¡Oh! yo agradeceré que me dedique usted algunos ratos en la ausencia de mi sobrina.

—Crea usted, doña Clara, que tendré el mayor placer en que usted me reciba.

—Yo me consideraré muy honrada en recibir su visita.

—Señoras, me retiro; Victorina necesita preparar mil cosas, y sobre todo descansar.

¡No olvide usted á los españoles, señora viajera!

—Guardo siempre un recuerdo para mis amigos.

Mario se fué, y Victorina dió las órdenes necesarias para preparar el viaje, que se verificó al siguiente dia.

VIII

Hemos llegado á la capital de Francia, queridos lectores; el viaje no ha podido ser para vosotros más rápido, cómodo y barato.

Si os quejais de él, consistirá en que sois muy descontentadizos.

El cielo de París estaba muy encapotado; un velo de densa bruma cubría la alegre y risueña capital, haciéndola semejarse á la nebulosa Albión.

Un carruaje se detuvo en la calle de Saint-Antoine ante el hotel D'Ormesson.

Una elegante señora descendió de él.

Su sombrero negro tenía prendido un largo velo, cuyas puntas, graciosamente anudadas, flotaban sobre su espalda.

La elegante dama, en la cual habreis reconocido á la condesa, amados lectores, entregó su maleta á uno de los criados que se le presentaron, y suplicó la condujeran al número 17, cuarto que habitaba su marido.

Éste se hallaba apoyado en un *buró*, trazando números y números, cifras y signos que revelaban lo ocupado que le tenía la ciencia de Arquímides. El criado desapareció después de haber dejado sobre una silla la pequeña maleta, y Victorina se aproximó al conde que permanecía inmóvil sin haber oído rechinar los goznes de la puerta.

Dió dos pasos hacia él, y éste volvio la cabeza tendiéndole la mano y diciéndole dulcemente:

—No me sorprende tu arribo; desde que te escribí he fiado en que vendrías; la impaciencia que he experimentado ha sido por el temor de que no llegaras á tiempo.

Ante todo siéntate y dí si quieres tomar alguna cosa.

—No necesito nada, hace poco rato que me han servido un té.

—Tengo que hacerte importantes revelaciones, y arreglar mis asuntos para mañana, dia en que se decide mi suerte.

—Yo velaré contigo.

—Empiezo por suplicarte encarecidamente me perdones las ofensas que te inferí con mis bruscas y groseras palabras; creía que me eras infiel, y tú sabes que el hombre no perdona las faltas de fidelidad.

Dios te ha protegido. Él ha hecho que tu inocencia se descubriera, y que tus virtudes aparecieran radiantes, esplendorosas.

¿Me perdonas, Victorina, me perdonas el haber dudado de tí siquiera un momento?

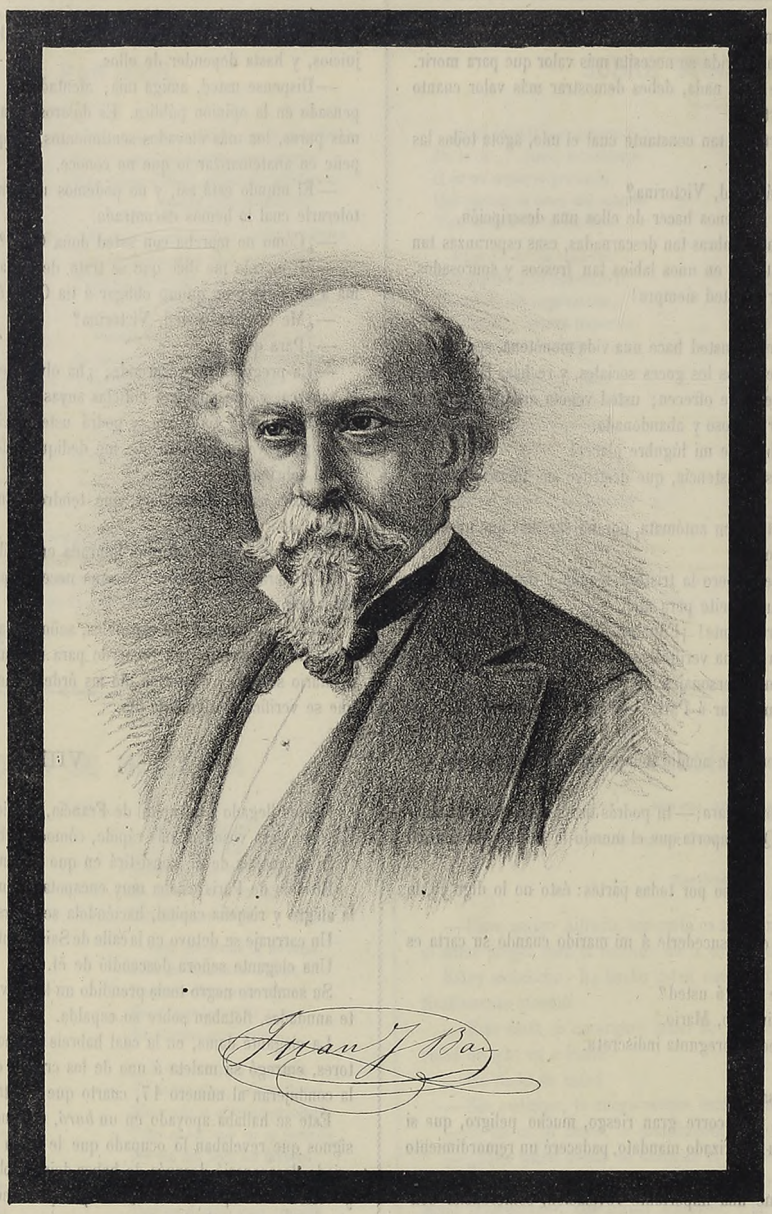
—Disculpo tu ligereza, perdono tu error; el Altísimo ha premiado mi buena conducta pródigamente, haciendo que te avergonzaras de tu desconfianza.

—¿Me absuelves espontáneamente?

—Sí; tu arrepentimiento te hace digno del perdón.

—Eres muy generosa.

(Continuará.)



LIC. JUAN JOSE BAZ

Nació en 20 de Junio de 1820 † Murió en 22 de Octubre de 1887

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

El Angel del Juicio Final.—Nada tan poético como la religión cristiana. Mientras los indios de Oriente y Occidente tuvieron por símbolo de la muerte al horrible buho, nuestra religión nos presenta una figura tan risueña como bella, un ángel, que al desprenderse el alma de los lazos terrenales debe guiarla á la inmortalidad. El grabado que damos en nuestra primera página, para conmemorar el dia de difuntos, es copia de una de las más bellas creaciones del arte cristiano.

Tumba de Guerrero en el Cementerio de San Fernando.—En este Cementerio se hallan los restos de muchos hombres ilustres que dieron gloria á su patria. Entre ellos el inolvidable Guerrero, que nació en Tixtla, hoy *Ciudad Guerrero*, en el dia 10 de Agosto de 1783, siendo hijo de un labrador. Murió en la villa de Chilapa en el dia 14 de Febrero de 1831.

Sentimiento, Coqueteria y Vanidad.—No todos los que visitan los cementerios van á llorar por los finados; muchos colocan coronas en las tumbas por lujo y vanidad, otros van á exhibirse, convirtiendo la tranquila morada de los que fueron, en palenque de vanidad y coquetería. Por eso en nuestro grabado aparece una joven dando una carta al novio, mientras otros lloran sinceramente.

Lic. Juan José Baz.—Uno menos en aquel grupo de luchadores que conquistaron, para la presente generación, las instituciones democráticas que nos rigen, la autonomía nacional, los derechos, las libertades y las garantías que ostentamos con orgullo ante el mundo civilizado. ¡Y cuán pocos quedan ya! Los más cayeron bajo los escombros del ruinoso edificio que derrumbaban, y sólo unos cuantos, fatigados de la lucha, pero con la energía del principio que proclamaron, escapados como por milagro, al puñal, á las balas y al veneno de una tiranía sorda y pavorosa, llegaron á izar jadeantes, mas con fe y sin desmayo, la bandera roja de la Reforma, en cuyos pliegues se envolvía la regeneración del pueblo.

Juan José Baz fué de estos últimos. Nacido para el combate, nutrido con las ideas de nuestro siglo, con la audacia de la fe, con una firmeza de voluntad inquebrantable, supo ser el alma de aquel período histórico en que Juárez, Ocampo, Lerdo, Ramírez y Degollado colaboraban sin descanso en la reconstrucción de nuestro edificio social. Y para llevar á cabo tan grande obra eran necesarios los hombres de ese temple. La tierra mexicana estaba constreñida bajo los tentáculos de un pulpo gigantesco, y sólo semejantes hombres pudieron herir á la hidra en mitad del corazón.

Sesenta y siete años vivió Juan José Baz, y de esos más de cuarenta, es decir, la vida de un hombre, estuvieron consagrados al servicio de la Patria y del partido liberal, al que siempre perteneció.

Luchó contra toda dictadura franca ó encubierta; peleó contra la invasión americana; defendió con todo su poder á la Reforma; combatió contra la intervención francesa; trabajó en la reconstrucción de la República, y todavía en su penosa y venerable ancianidad llevaba su contingente de fe en el porvenir, al seno de la Representación Nacional, donde tenía un asiento.

Fué soldado, tribuno, diputado, senador, gobernador del Distrito, secretario de Estado y fiel intérprete de la voluntad de Juárez. ¿Qué más podía hacer?

Alcanzó á ver la paz y el progreso de la República, conquistada á costa de tanto trabajo y de tanta sangre, y murió tranquilo en el seno de una familia inteligente, honrada y patriota, dejando un vacío irreparable en el santuario del hogar.

La Nación ha hecho bien tributando homenajes de gratitud á su memoria. Hombres como éste sirven de ejemplo á las generaciones que nos siguen.—R. Rodriguez Rivera.